



El
extremismo
ascético
y su
corrección
teológica

Carlos Muñiz, S. J.

SE han detenido ahí: al borde mismo del misterio, paralizados por el vértigo. *El revés de la trama, Temor y temblor, Moira, Thérèse Desqueyroux, A burnt-out Case, Diario de un cura de aldea*, quizás el mismo Kafka... Es una marea infatigable de perplejidades y desconciertos. Se olfatea desasosegadamente, igual que un bicho acosado al que se le despiertan, le ascienden, como vueltas de sogas, los instintos. Algo emocionante, desde luego. Porque no hay nada tan vivo como una inquietud. El hombre se repliega, se hace pronto y presente a todo; lo calibra —bien o mal, eso no importa—, lo toma en cuenta. Vive de barrutos. Su actitud es enormemente literaria, densamente teológica. Por eso, la novela y la filosofía han llegado

hasta el borde, han logrado “deslumbrarnos”.

No es una literatura que disimule el principio. En este sentido, me atrevería a decir que el juicio de muchos críticos no es del todo exacto. Se ha dicho que el truco de esta literatura está en plantear descaradamente un problema, y luego echarle nieblas para dejarlo en el aire, sin solución posible (1). Algo hay de esto, pero... Yo diría que, más que nieblas, se le ha echado toda luz de cara, sin tamiz y sin tapujo. No se han limitado a poner el toro en suerte: se han cruza-

do con él y se han dejado coger valientemente. Se ha ido, con más o menos sinceridad y buena fe, a encarar el único y definitivo problema: la actitud del hombre ante lo sobrenatural, y sus posibilidades. Lo que el hombre puede por sí mismo en esa dura tarea de salvarse o de ser santo, y lo que necesita de Dios. El esfuerzo o el abandono. El saber si la ascética es *inútil* o *infalible*, o ninguna de las dos cosas. En definitiva, entender rectamente aquella palabra radical de un personaje de Bernanos: "Todo es gracia".

Pelagio o la santidad del propio esfuerzo

Dicen que su primer nombre era *Morgan*, que en lenguaje céltico significa "hombre del mar"; de ahí, en versión mediterránea, el de *Pelagius*. Pero todo esto es oscuro y un tanto ingenuo (2). Se presenta en Roma hacia el 380, cuando sólo tenía veinte años de edad. Inglés de pura cepa: hombre de acción, seguro de sus propias fuerzas. Incluso físicamente era hombre de empuje. San Jerónimo llega a comparar sus anchas espaldas con las del luchador Milón. Extraordinario orador, irresistible en su dialéctica y, sobre todo, en su coraje. Le gusta pelear y lo hace con estilo de triunfador nato. Ignora que sea eso de la *perplejidad*. Tiene la obstinación de los hombres de tenacidad, de los audaces. Y es brutal a la hora de las franquezas.

HEDDE y AMMAN nos dicen que era hombre de naturaleza fría (3). Pero

PLINVAL, uno de sus mejores biógrafos, piensa que si Pelagio "reclama la sangre fría del lector, quizás sea porque tema perder él mismo la suya, y porque las exclamaciones que abundan en su obra muestran la vivacidad de su temperamento" (4).

Sea lo que fuere, no se puede dudar un momento de su lógica terrible. Pensaba —en frío o en caliente— a rajatabla. Pero sus silogismos llevaban "carga", como unos malos dados; se dejaban tarar, en sus premisas, por el carácter positivista, de luchador nato, de un hombre para el que pensar y actuar eran una misma cosa (5). Su teología tiene, por ello, una enorme repercusión ascética. Si un soldado es un hombre que sabe llevar las armas, y un comerciante, un hombre que compra a buen precio para vender más caro, ¿qué será un cristiano?. "Quien en todas las cosas imita y sigue a Cristo". El cristianismo, pues, como pura actividad; equiparado, como nota GEORGES PLINVAL, a una profesión (6).

La teología de los pelagianos

El pensamiento teológico de Pelagio puede resumirse, como el de sus seguidores, en estos puntos fundamentales:

1) El hombre con sus puras fuerzas naturales puede obtener la salvación. La intervención de Dios, con su gracia para ayudarle, además de ser innecesaria, mataría la libertad. Y la

(1) Me refiero al aspecto teológico. En el puramente literario, creo admisible la opinión de PEMAN, que pone agudamente en la solución o no solución del problema la diferencia radical entre nuestros *clásicos* y los angustiados escritores de nuestra hora.

(2) Así PLINVAL. En cambio, el «Dictionnaire de Théologie Catholique» lo afirma sin plantearse la duda.

(3) «Pélagianisme», en DThC.

(4) GEORGES PLINVAL: «Pélage: ses écrits, sa vie, et sa réforme». Lausanne, 1943.

(5) En este sentido, se podría recordar el interesante ensayo de MADARIAGA, «Ingleses, franceses y españoles». El inglés es hombre de *acción*, que piensa mientras actúa. El francés, como hombre de *pensamiento*, reflexiona con prioridad a la obra. El español, después de ejecutarla: es el hombre de *pasión*.

(6) PLINVAL, op. cit., pág. 70.

libertad es sagrada para los pelagianos (7).

2) Todo pecado procede de la libre voluntad del hombre. La idea de un pecado heredado, como lo sería el *original*, es absurda. El pecado de Adán no se transmite, no cercena nada al resto de la humanidad. Sólo puede dañarnos en el sentido de "mal ejemplo". Adán, por su parte, antes del pecado, no tenía nada más ni mejor que nosotros.

3) En contraste y como consecuencia, la redención de Cristo sólo tiene valor de "buen ejemplo". De suyo, no es redención porque no hay pecado original que redimir ni gracia que traer. El hombre se basta a sí mismo. Si peca, puede pedir un perdón meramente jurídico. Pelagio no quiere saber nada de lo que sea pura "gracia", ni de su pérdida o recuperación.

Repercusión ascética

Esta teología, de matiz tan acusadamente fariseo —la justicia a conseguir por el propio esfuerzo, justicia de la que el hombre puede gloriarse ante Dios—, le lleva a exigir una ascética de cauce estrecho. El hombre puede y, porque puede, debe imitar en todo, a rajatabla, a base de puños, por propio esfuerzo, a Jesucristo. Y cita las palabras de San Pedro, como confirmación y amparo de su doctrina: "*Porque también Cristo sufrió por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas*" (1 Petr. 2,21).

Es una ascética de seguridad, con un peligro enorme de vanidad y de soberbia. Ascética para hombres como Pelagio, que había de causar enormes desconciertos en los espíritus inclinados a la perplejidad, a los inseguros.

(7) El concepto de libertad del pelagiano tiene paralelismo acusado con el del estoico. Téngase en cuenta, además, que el fariseísmo —de signo enteramente pelagiano— tiene algo que ver con el estoicismo. El saduceísmo es, en cambio, epicúreo.

Martín Lutero, primera víctima

El agustino alemán nace en una época que, a decir de GRISAR, estaba aquejada de "duda y melancolía depresiva". Un caldo de cultivo apto para un hombre cuyo temple de ánimo consistía "en la angustia y la desesperación" (8). Según MATHESIUS, su amigo Lutero "padecía un alma inquieta. La severa educación que había recibido, la estrecha devoción inculcada por su madre, había dejado en su alma una profunda tristeza. Ante todo, le preocupaba su salvación y temía la justicia de Dios, a la que se reprobaba inexorable. Sólo una vida santa podía procurarle la paz. Su vida había sido pura, pero él tenía un sentido abrumador del pecado y un pánico mortal a los juicios de Dios, hasta el punto de caer enfermo de angustia" (9).

Temblaba como un niño —comenta ARANGUREN— "al pensar en el infierno o en Dios. El miedo a condenarse le arrastró al claustro. Allí, falsamente guiado por la teología occamista, pretendió elevarse por sus propias fuerzas, por sus propias obras —mortificaciones, ayunos, rezos, continencias— hasta la santidad. Naturalmente, fracasó. Y entonces desesperó" (10).

Téngase en cuenta que el nominalismo —y, por ello, el occamismo— era de signo pelagiano: enormemente voluntarista. Lutero sueña, como religioso, en la propia perfección. Pero, como es escrupuloso, se desespera al ver que

(8) JOSE L. L. ARANGUREN, en «Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia», Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1952.

(9) Citado por ARANGUREN, pág. 51.

(10) Ibidem, pág. 52.

(11) Cabría preguntarse si el Joseph Day, protagonista de *Moir*a de JULIEN GREEN, no tendrá un cierto inicio pelagiano con crisis final desesperada, al estilo de Lutero. El personaje es interesante. En PROYECCION se le ha dedicado ya un artículo. Cfr. n.º 29: *Moir*a, la biografía de un pecado, por J. G.² de Dios.

no la consigue con sus propios esfuerzos. Lutero no es un hombre seguro de sí mismo como lo fue Pelagio. Por el contrario, desconfía de sus fuerzas, de esas fuerzas que eran el único medio de obtener, según creía, su salvación. Y entonces desespera (11). Y da un golpe de timón, girando ciento ochenta grados (12).

Experiencia de la torre

El hombre es podredumbre y no le queda más que confiar en Dios. Lo único que vale es que Dios lo salve a uno. Solución de corazónada, en un hombre impetuoso pero desconcertado. Dios no le tendrá a él en cuenta su podredumbre: esto se lo dice a Lutero su propio corazón (13).

El paso del pelagianismo al luteranismo es claro. Al ver fracasado el propio esfuerzo, Lutero concluye: "luego no vale la pena hacer un esfuerzo". La concupiscencia —que, para el fraile alemán, resulta "intrínsecamente mala"— es imposible que nadie logre derrotarla de sí mismo. Permanece en el hombre conjuntamente con el buen deseo, con la buena obra. El bien y el

(12) ¿Por qué fue un giro tan radical?. Tal vez, la culpa la tuvo el humanismo de la época. Lutero polemiza con Erasmo. Pero la controversia no trajo bienes, porque el fraile rebelde confundió erasmismo con catolicismo. Erasmo, a pesar de mantenerse en la ortodoxia, tenía una confianza ciega en lo humano, según la línea —más tarde recogida por Soncinas— del humanismo renacentista, para el que el hombre actual no es un corrompido, sino un ser perfecto, capaz de obtener cualquier meta.

(13) Sería interesante comparar esta vivencia de corrupción con la de GRAHAM GREEN, el novelista inglés converso al catolicismo. Esos niños corrompidos —a cuya tragedia tampoco se siente ajeno el gran BERNANOS— revelan que la humanidad lleva la podredumbre muy en el corazón, desde casi la infancia. Lutero enfoca más metafísicamente el problema. Por eso, sus conclusiones, más radicales, son falsas.

mal, la gracia y el pecado, pueden coexistir, sin contradicción, en un alma (14). El pecado original nos ha tarado, nos ha hundido definitivamente. Es imposible ser puros. Sólo Dios salva. El hombre no puede nada. La naturaleza, a partir de la caída de Adán, está radical e irreparablemente corrompida (15).

Repercusión ascética

Pero Lutero es un atormentado y necesita salir de su angustia. Interpreta el texto de *Romanos*, I, 17 en un sentido absurdo. El hombre, según el heresiarca, nada puede hacer por salir del pecado. La *justicia* consiste solamente en que Dios no le tiene en cuenta el pecado a un hombre que confía firmemente. El hombre sigue siendo pecador, pero Dios no mira precisamente al hombre, sino a la justicia (santidad) que hay en Cristo. Pensamiento que puede resumirse en ese dicho del mismo Lutero que ya ha pasado a la historia, aunque no siempre haya sido bien entendido: "Peca fuertemente y cree más fuertemente". Es decir: Ofende a Dios, porque, dado que eres podredumbre, te es imposible hacer otra cosa. Y peca abiertamente, descaradamente, sin tapujos. Pero intenta, al mismo tiempo, una vuelta a Dios por medio de la fe, por medio de la esperanza, de la

(14) Todo esto se entiende mejor con los presupuestos occamistas en torno al principio de contradicción. «Lo único que repugna, dicen los nominalistas, es que una cosa se separe de sí misma». Salvación y estado de pecado son conceptos separables. Luego —concluye Lutero— no repugna su coexistencia en una misma alma.

(15) Esta línea la lleva al extremo el protestantismo actual. El primer paso lo dió SCHLEIERMACHER. La corrupción no nace de un pecado, sino de un principio metafísico: la infinita, insalvable distancia entre el Creador y la criatura. La narración genesiaca es para BARTH y BRUNNER, puramente simbólica: paradigma de la única actitud del hombre ante Dios.

confianza. "Y fui consolado y de repente, mi corazón quedó en paz", concluye Lutero (16).

Sobra, pues, la ascética. No hay que estudiar el modo de purificarse, porque la purificación es imposible. Si para Pelagio la ascética era *infallible*, para Lutero es *inútil*.

El jansenismo, solución a medias

JANSZOOM o JANSSENS —en latín, JANSENIUS— era un holandés del sur. Alumno de los jesuitas, quiso, al parecer, ingresar en la Orden. Pero fue rechazado por las pocas garantías que ofrecían su salud y su carácter (17). RAPIN nos dice que era "un espíritu duro, seco, helado". "Tímido por temperamento, se tornaba fiero y acometedor cuando se le hacía resistencia". Su gran ilusión era purificar a la Iglesia de los errores y vicios de la escolástica. En su ascética, se vió arrastrado por la amistad con SAINT-CYRAN, un hombre de arrolladora influencia en las almas que se le confiaban, responsable principal del triste asunto de PORT-ROYAL. Su doctrina, en el aspecto que nos interesa, puede resumirse así:

1) El hombre es un puro muñeco empujado por dos fuerzas antagónicas: la *concupiscencia* y la *gracia*. Aquella que sea más fuerte en cada caso concreto, le arrastrará irremisiblemente. No se deja al libre juego del hombre posibilidad alguna de intervención.

Tesis, como se ve, de marcado matiz luterano. Pesimismo a ultranza. Todo se presenta como una lucha entre naturaleza y gracia, en la que el alma se en-

cuentra en un estado pasivo, sin poder decidirse por sí misma. Todo depende de que Dios la haya predestinado, de que valga para ella la redención de Cristo, porque *Cristo no ha muerto por todos sino sólo por los predestinados* (18).

2) Sin embargo, contradictoriamente con estos principios, el jansenismo es, en contraste con el luteranismo, enormemente ascético. Ha pasado a la historia, y justamente, como personificación del *rigorismo*. La razón es que no admite la *fe fiducial*, única válvula de escape de los atormentados luteranos (19).

Mirado por parte del hombre, el que éste proceda correctamente es *señal* de que la gracia en él ha sido más poderosa que la concupiscencia. Es un signo de predilección de Dios, incluso de predestinación. El jansenista busca en su esfuerzo ascético (esfuerzo, a sus ojos; pues, en realidad, es un muñeco movido) un certificado, una garantía, un síntoma de que se está predestinado. El hecho de ser austero, riguroso y duro consigo mismo es una *señal* de elección. La ascética, pues, *no es infalible, pero tampoco inútil*. Tiene el valor de *testimonio*, de *garantía* de la buena orientación. Ni más ni menos.

Influencia de estas corrientes en la ascética del Catolicismo

Basta una lectura reposada de lo anteriormente expuesto para comprender las posibles y peligrosas derivaciones que esas teologías heterodoxas pueden tener en el comportamiento del católico que trata de obtener la salvación

(16) Citado por ARANGUREN. Op, cit., pág. 53.

(17) Los defensores de la vocación jesuita de Jansenio se apoyan en el testimonio de RAPIN. Pero el argumento no parece convencerle mucho a CARREYRE, DthC., en «Jansenisme».

(18) No intento resumir la doctrina completa del jansenismo. Insisto solamente en el aspecto que ahora me interesa.

(19) Tampoco es novedad la paradoja de que una doctrina fatalista como ésta tenga ilusión por hacer obras. El mahometismo, en su época más esplendorosa, se lanzó con fe absoluta a la llamada «guerra santa».

e incluso la perfección dentro de su estado. ¿Cabe confiar en el propio esfuerzo, en eso que algunos padres espirituales llaman la *fuerza de voluntad*, el *querer es poder*, incluso en la *santidad*? ¿Hay, en cambio, que abandonarse al impulso, directo y sin intermediarios, del Espíritu Santo? ¿Conviene mantener las penitencias tradicionales, pero sólo a título de *prueba* de que se sigue el camino recto?.

Somos aficionados a buscarnos un *seguro* de salvación. En realidad las tres corrientes —pelagiana, jansenista, luterana— no intentan otra cosa, aunque cada una lo haga según su estilo. Pero la actitud católica encara más el misterio. El catolicismo, como he escrito en otra ocasión en estas mismas páginas, es una doctrina de síntesis difícil de contrarios. Sabe que, aunque esto encierra un riesgo, no puede despreciarse una verdad, mutilarla, a título de salvaguardar otra que parece opuesta y nos resulta más clara (20).

Hay personas que desearían que su Confesor, o su P. Espiritual, les marque un camino exacto y al detalle, para ellas recorrerlo, a base de tesón, loseta a loseta, sin dejar una cuadrícula. “Querer es poder”. “La santidad es cosa de hombres de voluntad recia”. “Al monte Carmelo, pueden subir todos: lo que falta es coraje”... En fin: frases como éstas, las hemos oído todos. Y hemos sentido por dentro una especie de protesta, un grito del instinto cristiano que se nos rebelaba. Admitimos que, en afirmaciones de ese tipo, pueda haber mucho de verdad. Pero..., a veces, da la impresión de que se ha olvidado que “todo es gracia”. Podemos creer —como los pelagianos— que la santidad se logra a base de puños, de puro esfuerzo personal. Incluso se oyen quejas de que en algunos ejerci-

cios se habla mucho de la gracia, casi más que de la fuerza de voluntad.

Termino con un toque de atención: cuidado con esa frase que a veces se dice a los dirigidos o a los fieles en general: “Usted dé el primer paso que después Dios le secundará”. Esto, así formulado, es falso. Tiene un sabor enormemente semipelagiano.

Y cuidado también con la “psicología pastoral”. Mal entendida, puede llevar, de rebote, a una confianza en las solas posibilidades del dirigido. A situar la santidad en un plano estrictamente natural.

El cómo se puedan entender recatemente estas cosas, lo diré después al exponer brevemente la postura católica de síntesis.

Peligro luterano

En “*el revés de la trama*” de GRAHAM GREEN hay dos personajes radicalmente contradictorios: Scoobi y su mujer. Ella, tremendamente antipática, como todo espíritu pelagiano. El... cargado de misterio, desnortado, inmerso en el pecado, sin más respiro que la posibilidad de que Dios no tenga en cuenta sus malos pasos. (21). Es interesante, a este respecto, el hacer notar que la espiritualidad luterana es mucho más literaria, más poética que la pelagiana; e incluso más que la católica. El pelagianismo es antipático; el catolicismo tiene un sentido de equilibrio en lo exterior que responde poco a la actitud desesperada, insegura, de goznes sueltos, que tanto gusta a los literatos

(21) Otra cosa será el precisar en qué consista el íntimo pensamiento del escritor inglés. Si los pecados de Scoobi —«pecados por caridad», en un aspecto muy del gusto de la *moral de situación*— son obras a las que se les da valor positivo, el personaje no tendría en modo alguno sabor luterano. Aunque pueda no ser del todo ortodoxo por algún otro aspecto.

(20) Cfr. «Herejes de derechas y herejes de izquierdas», en PROYECCION, n.º 27.

contemporáneos: sólo el luteranismo trae consigo esa sensación de angustia, de cerrazón, tan propia de la tragedia de todos los tiempos. (Claro es que, en el fondo, la actitud valiente es la del católico. El protestante exagera una verdad para matar otra que le estorba. Lo verdaderamente difícil, heroico —con la heroicidad exquisita de la fe— es jugarlo todo, como el católico, a una síntesis de cosas aparentemente contradictorias. Se ha hecho mucha literatura sobre el militar que avanza solo y se juega la vida, en un impulso de heroísmo; pero sería interesante pensar en si no es más literario el que ese mismo militar se lo juegue todo, a lo mejor en contra de su gusto, por seguir la orden de un jefe, al que, tal vez, considera menos capacitado o menos documentado. Se trataría de estudiar a fondo qué misterios de grandeza encierra la “fe en el hombre”, o la “fe a través del hombre”).

En la vida espiritual católica, se dan a veces estos temperamentos luteranos. Gente que no cumple algún o algunos mandatos —divinos o humanos, graves o leves— en la confianza de que, teniendo fe, Dios lo purifica todo. Se puede bordear el abismo, sin tomar precauciones: *sólo Dios salva*. Religiosos que menosprecian la Regla, mujeres que se olvidan de sus obligaciones de estado, muchachos que no intentan zanjar un problema serio, confiados todos en que, en amando —sentimentalmente, claro— a Dios, lo de menos son las obras. A veces, hay PP. Espirituales que abandonan al dirigido; que apenas se interesan por sus problemas. “Dios los lleva”, se dice. “Uno no hace más que de testigo. El Espíritu Santo es el que lo hace todo. Ni el director ni el dirigido tienen que trazar caminos a la Providencia”.

Peligro jansenista

Hay, en fin, otras almas que no confían en Dios: ni tampoco en las propias obras. Cumplen las ordenaciones

“porque hay que cumplirlas”, pero sin darles valor en sí. Hacen penitencias, por no apartarse de la costumbre: por *edificar* a otros: por sentir esa especie de cenestesia posterior a un trabajo o a un sufrimiento. Pero ven tan lejos a Dios —en su oración, en su fe— que no tienen conciencia de que esas “cosillas”, esos mandatos, puedan ser portadoras de amor, puedan gustar a Dios. No aprovechan lo menudo, ni, a veces, lo seriamente evangélico. No le toman sabor —con humildad— a sus propias buenas obras.

La verdadera ascesis

¿No será que todas estas desviaciones nacen de una falta de fe en la Iglesia? Se necesita, desde luego, mucha valentía para dejarse llevar por este complejo divino-humano de la Iglesia Católica, tan vivamente enraizada en el misterio. Sería más fácil para unos temperamentos la solución pelagiana. Y la luterana, la jansenista, para otros (22).

Pero no se trata de dejarse llevar de la pura inclinación natural. La perfección cristiana exige podar, a costa de savia y sangre, de los propios defectos. Todo carácter presenta inevitablemente aristas, más o menos pronunciadas. Por caridad con Dios y con los hombres, hay que limarlas. Lo otro, el dejarlas al aire, tercas o hirientes, no se casa bien con el espíritu del Evangelio.

(22) Es posible, y ya se ha apuntado por algunos —Cfr. «Introducción a la ascética diferencial», de A. ROLDAN, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1960—, que el carácter de una persona vaya ligado a su manera de entender la teología ascética. Según eso, el *ciclotímico* quizás fuera de estilo luterano, dada la constante inseguridad en sí mismo. El *atlético* tendría más peligro de pelagianismo. Pero en todo esto hay que tener en cuenta que, en teología recta, se cuenta con la *naturaleza* y con la *gracia*. Con todo, algo hay de verdad. El protestantismo inglés no podrá nunca ser luterano. Es un síntoma.

Y lo peor es que, por el placer exquisito que se encuentra en canonizar las propias limitaciones, justificamos, en teología y en ascética, actitudes que no tienen más raíz que un defecto natural. En el fondo, como he advertido antes, el luteranismo y el pelagianismo no son sino una cobarde condescendencia —más o menos consciente— con el propio talante. Y, consecuentemente, con sus derivaciones ascéticas. Recuérdese por ejemplo el personaje central de *La Farisea* de MAURIAC. Esa mujer lleva a rajatabla la fidelidad a un costumbrismo moral, con olvido de que, en el cristianismo, el corazón es lo importante. Lo contrario, en cambio, —y es el otro extremo— de la negrita esa de WILLIAM FAULKNER en *Requiem por una monja*. “Tenga fe, tenga confianza...”: pero se llega, sin remordimiento, al infanticidio (23).

Lo auténticamente trágico y revelador es, sin embargo, lo del PATER WHISKY de *El poder y la gloria* de GRAHAM GREEN. Un hombre corrompido, nada ejemplar, pero que tiene bien claras dos ideas teológicamente fundamentales. Ese mal sacerdote es consciente de traicionar dos cosas: la fidelidad a las propias obligaciones y la confianza en la gracia de Dios. “Ahora comprendía que al final sólo cuenta una cosa: ser santo”. Y para ser *santo* hubiera necesitado dos cosas esenciales y complementarias: haber confiado en Dios y haber puesto algo de su parte.

(23) Vale para FAULKNER lo dicho sobre Graham Green en la nota 21. Sin embargo, es interesante pensar que, si no en la negrita, al menos en Temple, la protagonista, sí parece que se da como solución —por boca de la condenada a muerte— la pura y absoluta confianza, la fe fiducial, reconocida —¿pero no borrada?— la propia podredumbre. Pero todo esto exigiría, naturalmente, un estudio más profundo y muchas puntualizaciones, ajenas a este trabajo y quizás al pensamiento del escritor norteamericano. Posiblemente, él ni se ha planteado este problema, más propio de teólogos que de dramaturgos.

“¡Qué necio había sido al creerse bastante fuerte...” “No sé una palabra acerca de la misericordia de Dios: no sé cuán horrible le parecerá a él el corazón humano”. “Si Dios le tenía destinado a salvarse, se podría evadir del piquete de ejecución. Pero Dios era misericordioso; sin duda la única razón por la cual él le negaría su paz (si es que la paz existe) sería la de que aún fuera útil para salvar su alma”. Y en contraste: “Si no fuese tan inútil, inútil...” “No he hecho nada por nadie”. “Sentía tan sólo la desilusión inmensa de tener que ir a Dios con las manos vacías, sin ninguna obra en absoluto”. (24). La novela es, en este sentido, un canto (un canto amargo, desde luego, a través de la experiencia de un sacerdote degenerado) a esa profunda simbiosis de tierra y cielo, de natural y sobrenatural, que ha traído al mundo el cristianismo, la religión de un Dios injertado en la historia. Misterio tremendo, de cabos difícilmente ligables, pero misterio maravillosamente consolador: la certeza de que hay que creer y confiar en lo que el hombre puede, y en lo que el hombre sabe que no le negará Dios. Traicionar esto, en cualquiera de sus extremos, es traicionar la vocación al cristianismo (25).

(24) Cito por la versión española de la Editorial Caralt, Barcelona, 1954.

(25) Sería interesante que nuestros exámenes de conciencia no olvidaran el del *Pater Whisky*, horas antes de su muerte ante el pelotón de fusilamiento. Hay personas que creen que todo consiste —el examen y, en general, la vida espiritual— en un recuento de faltas, en una contabilidad. Otras piensan que *examen de conciencia* es lo mismo que *rato de oración* sin balance ni mirada atrás. En definitiva, no están haciendo más, unos y otros, que lo que, en sus respectivos estilos, hicieron los pelagianos y los luteranos; superponer, sin entremezclarlos, los planos natural y sobrenatural. Un paralelismo rígido, sin posibilidad de intercesión ni mezcla. El catolicismo, en cambio, piensa que el auténtico equilibrio se logra haciendo el camino por los dos rales, sin menospreciar a Dios ni al hombre.

La verdadera síntesis católica es, pues, una tensión hacia el ideal, con la conciencia simultánea de que no se llegará a él de manera completa. La victoria plena sobre el pecado, aun venial, sólo se dió en la Virgen María, por privilegio especialísimo. Ella era el normotipo —inalcanzable— de la Iglesia. A su posición se tiende, pero no se llega en este mundo. No hay ascética *infallible* hasta cualquier meta, como querían los pelagianos. Pero tampoco *inútil*, como la calificaban los de Lutero. Y es algo positivo, con más valor que el de mera *señal* —recuérdese al jansenismo—, y mero *testimonio o garantía*. El catolicismo cree en una “*justicia*” compatible con la imperfección, coexistente con la concupiscencia y los pecados veniales. Con sus fuerzas, el hombre *no puede* llegar, por mucho cilicio o *examen particular* que emplee, a una *justicia* que anule por completo las tendencias contrarias. Para el catolicismo, la concupiscencia no es *intrínsecamente mala*. Esto es luterano. Tampoco puede el hombre excluir totalmente de su vida todas las faltas aun pequeñas y medio deliberadas, que llamamos pecados veniales. “Si dijéramos que no tenemos pecados, nos engañaríamos nosotros mismos y no hay verdad en nosotros (1, Juan 18). Lo que hace falta, y esta es la auténtica raíz de la ascética católica, es que el hombre confíe en que Dios le ayudará a levantarse, que él mismo intente un esfuerzo conjunto con la gracia y amparado en ella, y que esté persuadido, humildemente, de que nunca llegará a una justicia que excluya absolutamente las inclinaciones contrarias. El catolicismo cuenta con lo humano,

pero no confía sólo en lo humano; cuenta con Dios, pero no olvida que hay que contar también con el hombre. Es lo que la tradición —¡cuánto había que hablar hoy que la riqueza acumulada, siglo a siglo, en el corazón de la Iglesia!— nos trasmite y el refranero ha plasmado en un dicho de enorme sabor teológico: “A Dios rogando y con el mazo dando”. En definitiva, el consejo aquél de Ignacio de Loyola: hacer las cosas como si dependieran sólo de uno mismo, y confiar ciegamente en Dios, como si uno no hubiese puesto de su parte nada.

A esto se reducen todas las doctrinas ascéticas de la Iglesia católica. Unas escuelas insisten en unos aspectos más que otras. Pero todas los afirman todos, sin excluir ninguno. SANTA TERESITA —modelo de fidelidad en las obras— nos habla de una espiritualidad de abandono, de confianza infantil. SAN IGNACIO nos habla de una espiritualidad de servicio, de obediencia ciega, de *obras*, y es un hombre de fe plena en la sobrenatural, en la gracia, en el dominio absoluto y amoroso del Señor (26).

Lo demás, el extremismo, no es más que orgullo, complejo, *pose* o literatura.

(26) Bastará leer las páginas que se conservan de lo que se ha llamado su «Diario espiritual». Pero la síntesis, donde aparece más clara es, a mi modesto entender, en sus cartas. No sabe uno dónde empieza la prudencia humana y dónde la sobrenatural. Es una simbiosis perfecta. Catolicismo al pie de la letra.